

de sus mujeres, de las chicas... De cómo se hacían los negocios, de lo difícil que es para el proletariado el sacar algo a esos «tiburones». Todo esto la ponía triste, tan triste como nunca lo había estado durante la revolución...

Pero entonces la comunicaron que la «reducción del personal» la incluía a ella también. Se asustó.

Se lo comunicó a su marido; pero él se quedó tan tranquilo. Dijo que le parecía bien; así estaría más tiempo en la casa y le cuidaría.

—¡Hay que ver cómo está nuestra casa!... No se puede recibir a nadie.

Ella se asombró de estas palabras; quiso contradecirle.

—Eso es cosa tuya. Yo no te lo impido. Si quieres, sigue trabajando.—Y se marchó.

La dolió muchísimo que su marido no la comprendiera y se sintiera ofendido. Pero resolvió no abandonar su trabajo. Fué a ver a los camaradas; trató de demostrar su derecho al trabajo, discutió con ellos, y por fin la dieron la razón: aplazaron el despido. Pero las desgracias rara vez vienen solas. Apenas se había tranquilizado por lo del trabajo se le puso enferma la niña.

—Estoy sentada por la noche junto a la nena, me siento muy sola, me tortura la inquietud. Lllaman a la puerta. Voy a abrir a mi marido, contenta de que ya esté aquí. Pienso que podré contarle todo. Ojalá venga sobrio... Abro la puerta y no acierto a comprender. ¿Quién viene con él? Una mujer joven, con mucho colorete y ebria... ¡Déjanos entrar, mujer!, dice él. He traído a una amiguita... ¡Déjanos!... Está borracho.

Apenas me sostenían los pies. Me temblaban las rodillas. Los dejé en el comedor, donde mi marido solía dormir, y corrí al lado de mi hija. Me encerré. No sabía a dónde tenía la cabeza. Ni siquiera estaba furiosa con él. ¿Qué se puede pedir de un borracho? Y, sin embargo, ¡doler tanto!... Además, se oía todo lo que pasaba en el cuarto contiguo... Me hubiera tapado las orejas, pero necesitaba estar atenta a la niña... Por fortuna, pronto se callaron. Los dos estaban borrachos... Hacía la mañana, mi marido le abrió la puerta y se volvió a echar a dormir. Pero yo me quedé sentada hasta muy entrada la mañana.

Aquella tarde llegó temprano a casa. No nos habíamos visto en todo el día... Le recibí fríamente, sin mirarle. El empezó a revolver sus papeles. Ambos callábamos. Yo notaba que me estaba observando, y pensaba: «Déjale. A lo mejor confiesa su culpa y pide perdón. Procura que volvamos a vivir como antes... Pero yo no lo consentiré. Me marcharé». Al pensar esto sentía un dolor muy grande... Le he amado, le amaba entonces... y, ¿por qué ocultarlo?, le seguía amando ahora, sólo que ahora me parece que ha muerto. ¿Pero entonces? Entonces mis sentimientos, estaban todavía vivos... Mi marido me vió coger el abrigo para ir a la reunión del barrio... Me cogió del brazo, haciéndome un cardenal, me arrancó el gabán de la mano y lo tiró al suelo.

—¿Qué te has creído, que te van a

INDICE



Nueva remesa:

Eca de Queiroz: <i>La capital</i> . Novela	¢ 4.25
Boris Pilniak: <i>El Volga desemboca en el Mar Caspio</i>	4.00
Luis Jiménez de Asúa: <i>Al servicio de la nueva generación</i>	3.50
Juan José Morato: <i>Pablo Iglesias. Educador de muchedumbres</i>	3.50
A. Botin Polanco: <i>Virazón</i> . Novela	3.50
Marcelo Proust: <i>El mundo de Guermantes</i>	4.25
Ramón J. Sender: <i>Orden público</i>	3.50
José Ma. de Otaola: <i>Sexo y matrimonio</i>	3.00
P. Juan de Mariana: <i>Tratado de las cosas íntimas de la Compañía de Jesús</i>	2.50
Rousseau: <i>Contrato social</i>	75
Nicolás Maquiavelo: <i>El príncipe</i>	50
Guillermo Díaz Plaja: <i>Rubén Darío</i>	3.00
Miguel de Unamuno: <i>La agonía del cristianismo</i>	3.50
Waldermar E. Coutts: <i>Tiranía sexual y sexo tiranizado</i>	3.50
Henri Barbussé: <i>Rusia</i>	3.50
Jean Piaget: <i>El lenguaje y el pensamiento en el niño</i>	5.00
A. Forel: <i>La cuestión sexual expuesta a los adultos ilustrados</i>	9.50
A. W. Nemilow: <i>La tragedia biológica de la mujer</i>	3.50
Ludwig Roen: <i>Postguerra</i>	4.00
Conde de las Cases: <i>Napoleón explicado por sí mismo</i> . 3 vols. Pasta	7.00
A. de Musset: <i>Cuentos. Confesión de un hijo del siglo</i> . 1 Vol. Pasta	7.50
R. Ortiz Montellano: <i>Antologías de cuentos mexicanos</i> . 1 Vol. Pasta	2.50
Hermann Hesse: <i>El lobo estepario</i>	4.00
Lafcadio Hearn: <i>Kokoro</i>	3.50
Gonzalo de Reparaz: <i>Alfonso XIII y sus cómplices</i> (Memoria de una de las víctimas)	5.00
A. Arthur Kilhnert: <i>El frente de guerra femenino</i>	3.50
Aristóteles: <i>Obras completas</i> . Metafísica. 2 Vols.	3.50
Don Ramón del Valle-Inclán: <i>Farsa y licencia de la Reina Castiza</i>	3.00
A. Hernández Catá: José Francés, etc.: <i>La Diosa Nº 2</i> . Novela	3.50
Dr. José de Eleizequi: <i>Las rebeldías de la infancia escolar</i>	3.50
Obras de Ricardo Güiraldes: <i>Xaimaca</i>	3.50
Benito Lynch: <i>Los caranchos de la Florida</i>	3.50

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

dar aquí ataques histéricos? ¿Adónde vas?... ¿Qué quieres de mí?... Busca otro hombre como yo... Yo te mantengo, te visto, no te niego ningún capricho... no tienes derecho a juzgarme... ¡Cuando se quiere hacer negocios hay que vivir así!...

Siguió hablando sin cesar. No me dejaba interrumpirle. Tan pronto gritaba como si quisiera desahogar toda su furia contra mí, contra él mismo, tan pronto trataba de justificarse como si estuviera peleándose con alguien... Yo veía cómo se torturaba. Tenía la cara descompuesta... Y sentí tal pena por él que de nuevo me olvidé de todo. Traté de calmarle y de probarle que la cosa no era tan grave, que él no tenía la culpa, sino los de la Nep.,

Por la noche nos reconciamos. Pero me dolió mucho cuando me dijo que no me enfadara con él, que ¿qué se podía pedir a un borracho? Yo le rogué seriamente que dejara la bebida.

—No me ofende que hayas traído a casa a una prostituta; pero me ofende haberte visto en un estado tan bestial.

Me prometió tener cuidado y eludir aquella compañía.

Pero aunque nos habíamos reconciliado, la espina quedó dentro. Entonces volvió a surgir la cuestión de mi despido. Mi hijita todavía estaba enferma y yo dejaba de ir a trabajar... Volví a rogar; otra vez traté de convencerles, y de nuevo conseguí que aplazaran la cesantía. Yo misma no sé lo que esperaba, pero lo iba aplazando. Temía más que nunca la dependencia de mi marido. Nuestra vida se hacía cada vez más difícil; éramos como extraños. Vivíamos en la misma casa, pero no sabíamos nada el uno del otro. Él apenas iba a ver a su hija. Por entonces bebía menos, venía a casa sobrio; pero nunca me miraba; tampoco dormíamos juntos. Yo me quedaba con mi hijita y él dormía en el comedor. Alguna vez se venía conmigo... Pero eso no era una alegría para mí... Después se hacía más difícil... Como si un nuevo dolor se hubiera unido al viejo. Me besaba, pero no le preocupaba lo que me ocurría... Así vivíamos, cada uno por sí. Él tenía sus preocupaciones, sus disgustos... Y yo los míos... Hasta que me hirió el gran dolor de la muerte de mi niña. Poco antes me habían despedido definitivamente.

Pensé: «Ahora mi marido y yo tenemos un dolor común; quizá piense en mí...» No. El dolor tampoco sirvió para nada. Ni siquiera fué al entierro de la criatura. Tenía que asistir a una reunión importante. Así, me quedé sola en casa... Sin trabajo... sin jornal.

Trabajo sí podía encontrar fácilmente. En el barrio había mucho que hacer. Pero en cuanto a jornal, no era posible. Era vergonzoso pedirlo, puesto que había tantos desocupados. Además, todo el mundo sabía que mi marido era administrador. ¿Cómo iba a pedir sueldo? Es muy difícil conseguir un puesto. Lo he buscado, me he enterado... se me hacía imposible tener que depender de mi marido, puesto que nos habíamos distanciado tanto; pero no había otro remedio. Yo veía que los sentimientos de mi marido no eran los de antes, y yo misma sentía hacia él más amargura que amor, y sin embargo, seguía creyendo que pasaría. Todas las mañanas me despertaba creyéndolo. Del trabajo en el barrio corría a casa pensando: «¿Estará ya en casa y solo?». Y si estaba no me miraba siquiera; estaba ocupado o hablando con sus compañeros, o con los de la Nep. Yo seguía esperando, esperando. Hasta que sucedió lo que me hizo marcharme... Para siempre, para no volver nunca.

Llegué a casa hacia la media noche; venía de una asamblea. Puse el samovar para tomar un poco de té. Mi marido no había llegado aún. Tampoco le esperaba. Entonces oí que se abría la puerta del comedor. De modo que ya estaba allí mi marido. Tenía su llave propia